

José M^a Castillo

La religión de Jesús
Comentarios al Evangelio diario
Ciclo B (2011-2012)

Desclée De Brouwer

ÍNDICE

Presentación	5
Adviento	7
Navidad	46
Comienzo del tiempo ordinario	69
Cuaresma	128
Semana Santa	177
Pascua	192

PRESENTACIÓN

Es un hecho que, en la práctica diaria de la vida de la Iglesia y de la vida de los cristianos, se le concede más importancia al Catecismo que al Evangelio. Y prueba de ello es que a los cristianos –especialmente a los católicos– se les reconoce y se les identifica más por las ideas y las costumbres que han aprendido en el Catecismo, que por las convicciones, valores y pautas de conducta que puede deducir del Evangelio quien lo toma en serio y organiza su vida de acuerdo con sus exigencias. Los niños, en la escuela, aprenden antes el Catecismo que el Evangelio. Y si un sacerdote enseña a sus feligreses cosas que no están de acuerdo con el Catecismo, seguramente recibirá una reprimenda del obispado. Pero si la vida de ese sacerdote tiene poco que ver con lo que dijo Jesús en el Sermón del Monte, lo más probable es que nadie le llame la atención.

Este libro no pretende quitarle importancia al Catecismo. Lo que pretende es ayudar a los creyentes en Jesús a que se den cuenta –y saquen las consecuencias que de ello se siguen– de que el Evangelio es central en el cristianismo. Porque en el Evangelio es donde descubrimos y aprendemos dónde está, lo que es y lo que representa el centro mismo de la Iglesia y de la fe. Ese centro no es Dios. Ni es la religión. Ni la fe. No hay más centro que Jesús mismo. Porque en Jesús, tal como lo descubrimos en el Evangelio de cada día, es donde encontramos a Dios, donde nos enteramos de cómo es Dios y de lo que Dios quiere.

Hay que decirlo sin miedo: la Iglesia pierde credibilidad, pierde fieles, pierde sacerdotes y vocaciones, pierde importancia. La Iglesia pierde tantas cosas porque en la Iglesia se le tiene miedo al Evangelio. Es

importante estudiar el Evangelio. Pero más apremiante es vivirlo. Ayudar a vivirlo es lo que pretende la breve reflexión que aquí se propone sobre el relato evangélico de cada día.

Mc 13, 33-37

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: "Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!"

1. Durante las cuatro semanas que anteceden a la Navidad, la Iglesia celebra el Adviento, es decir, la preparación para el "advenimiento" o venida de Jesús a la tierra. Los intereses del consumo y del comercio han impuesto una forma de preparación para la Navidad que consiste en organizar las vacaciones, comidas, regalos y diversiones que cada cual prefiere para pasar las fiestas lo mejor posible. Esto tiene de bueno que asocia el nacimiento de Jesús con la alegría de vivir. Pero también es verdad que, de esta manera, el recuerdo de la venida de Jesús al mundo ha perdido su verdadero significado.

2. La Navidad se prepara cristianamente mediante la vigilancia de la que habla Jesús en este evangelio. En los años que siguieron a la muerte de Jesús, en no pocas comunidades cristianas se difundió la idea de que el fin del mundo estaba a punto de llegar. Por eso, al redactar los evangelios, en algunos textos pusieron en boca de Jesús dichos o palabras que daban pie a pensar que el mundo se acababa y que el Señor vendría a pedir cuentas a cada cual por la vida que había llevado. Así, entre mucha gente, la preocupación por la muerte se hizo más fuerte que la preocupación por hacer más digna esta vida. Es decisivo dejar claro que el evangelio no se refiere a la vigilancia ante la muerte o ante el fin del mundo. Se trata de la vigilancia ante el cambio tan fuerte que Jesús nos vino a presentar sobre la idea y la experiencia que nosotros tenemos de Dios. Tenemos que ser muy vigilantes en eso. Porque eso precisamente es algo que nos da miedo.

3. Al nacer Jesús, Dios se nos hizo presente en él. Es decir, se nos hizo presente en un niño débil y pobre. A Dios lo encontramos en lo débil y en lo pobre, en lo marginal y excluido. Y eso es lo que nos da miedo. Y nos resistimos a aceptarlo. A Dios lo buscamos en la religión y en los templos. No lo buscamos en los establos y pesebres de este mundo. Y, sin embargo, es en lo más pobre, sencillo y débil, en lo más humano, ahí es donde sobre todo encontramos al Dios de Jesús.

Mt 8, 5-11

“En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaúm, un centurión se le acercó diciéndole: “Señor, tengo en casa un muchacho que está en cama paralítico y sufre mucho”. Jesús le contestó: “Voy yo a curarlo”. Pero el centurión le replicó: “Señor, ¿quién soy yo para que entres bajo mi techo? Basta que lo digas de palabra y mi muchacho quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes y le digo a uno ‘ve’ y va; al otro ‘ven’ y viene; a mi muchacho, ‘haz esto’, y lo hace”. Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: “Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos”.

1. Un jefe militar, del ejército invasor de ocupación en Galilea (W. Carter), que no practicaba la religión de Israel, acude a Jesús a pedirle la curación de un muchacho. El jefe militar era una buena persona. No soportaba ver el sufrimiento de un criado que trabajaba en su casa. Y no le importó pedir el favor de la curación del muchacho a un súbdito galileo. Lo que, a fin de cuentas, era Jesús para el militar romano. Es más, un militar de graduación no se consideraba digno de que el galileo Jesús entrara en su casa. El centurión era un hombre bueno y humilde.

2. Pero hay algo más fuerte en este relato. Todos los militares del Imperio tenían que hacer un juramento de fidelidad al emperador, al que veneraban como “Dios”. En las Églogas de Calpurnio Sícolo, se califica al emperador como *ipse deus*, “verdadero Dios”. Otros autores de entonces, como Séneca, repiten esta idea. Pues bien, lo sorprendente es que de un hombre, que tenía semejante religión, Jesús dice que en nadie había visto tanta fe. Entonces, ¿qué era la fe para Jesús? ¿Cómo entendía Jesús la religión?

3. A juicio de Jesús, la fe no se mide por la exactitud de las creencias o la observancia de las prácticas religiosas, sino por la bondad y la humanidad de la persona. Es decir, lo decisivo no es la religión a la que uno pertenece, sino la bondad del corazón, la sensibilidad ante el sufrimiento de los demás y el empeño por remediar el dolor ajeno. Jesús nunca antepuso las ideas y las normas a las personas. Ni siquiera las ideas religiosas fueron lo primero para él. Lo primero siempre fue el ser humano.

Lc 10, 21-24

“En aquel tiempo, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó Jesús: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiere revelar”. Volviéndose a los discípulos, les dijo: “¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veís! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veís, pero no lo vieron, y oír lo que oís, pero no lo oyeron”.

1. El término “Padre” designa a Dios. Y Jesús dice algo sorprendente: a Dios no lo conocen los “sabios y entendidos”, mientras que se da a conocer a los más pequeños, los últimos de este mundo. Dios no es una cosa, un objeto, un saber. Porque Dios es, por definición, el Trascendente, es decir, trasciende o está más allá de todo cuanto los mortales podemos alcanzar. Por eso ni los más sabios y entendidos lo pueden conocer. Y por eso mismo a los más insignificantes es a quienes se revela. ¿Por qué esto es así? ¿Por qué precisamente a los más insignificantes?

2. Porque Dios se nos da a conocer en el Hijo, en Jesús, que se identificó con los últimos y murió como los que están más abajo, los últimos en la historia. Jesús revela a Dios a los que van por la vida como fue él: sin pretensiones de títulos ni deseos de poderes. Dios se revela a quienes van por la vida sólo con su entrañable humanidad. Y es que Dios, en Jesús, se ha fundido con la condición humana, con lo más sencillo de la humanidad. No conocemos a Dios mediante el saber, sino en la medida en que somos cada día más humanos.

3. A Dios se le conoce en Jesús, al que veían y oían los discípulos. Dios no está disponible en la letra de la Biblia (F. Fernández Ramos). La verdad de Dios no está en las fórmulas de los sabios, sino en la sencillez y la elemental humanidad de los humildes.